

Pascua, Pedro, la Iglesia; Berger concluye, por ejemplo, que la institucionalización de la primitiva Iglesia no es contraria a la intención de Jesús, y que, sin embargo, sí se puede decir que la Iglesia fue en ocasiones indulgente con el tema de la riqueza.

Los capítulos siguientes abordan, esquemáticamente, estos temas: qué imagen de Jesús nos transmiten los Evangelios, cómo llegó la Iglesia a su profesión de fe en Jesús, y cuál fue el papel del Espíritu Santo en los primeros pasos de la Iglesia (cap. 3); cómo se llevaron a cabo las primeras grandes misiones de la Iglesia (cap. 4); los desarrollos doctrinales en la continuidad (cap. 5); Jesús, la Iglesia y el ministerio (cap. 6); la universalización de la religión cristiana (cap. 7); las grandes ciudades –Antioquía, Corinto y Roma– y la nueva religión

(cap. 8); una breve historia del canon neotestamentario (cap. 9); los cristianos, perseguidos por el Imperio y perseguidores de los herejes.

La lectura del libro de Berger no es sencilla, y necesariamente debe ser reposada y crítica, desde el punto de vista de que hay que valorar detenidamente cada una de sus numerosas propuestas. Aunque la obra parece estar dirigida al gran público, no es fácil que éste se haga cargo de todo su contenido. El destinatario real sería, más bien, el lector culto o el profesional de la teología, de la historia y de la exégesis bíblica, cuyos conocimientos previos servirán para dar relieve al pensamiento, en todo caso siempre sugerente, de Berger.

Juan Luis CABALLERO

Romano PENNA, *Le prime comunità cristiane. Persone, tempi, luoghi, forme, credenze*, Roma: Carocci, 2011, 310 pp., 15 x 22, ISBN 978-88-430-5704-7.

La investigación presentada por Penna en este libro aborda la cuestión de los orígenes del cristianismo no por temáticas teológicas, sino recorriendo, paso a paso, y por ámbitos geo-culturales, el itinerario del movimiento iniciado en la tierra de Israel por Jesús de Nazaret. La intención de Penna es individuar los diversos grupos que poco a poco se fueron constituyendo en su nombre, tanto en ámbito judío como greco-romano. Las preguntas que el conocido exegeta italiano se hace al abordar esta cuestión son: ¿qué?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿de qué manera?, ¿con qué contenidos?, sin olvidar que de fondo a estos interrogantes siempre late el más profundo: ¿por qué? El libro de Penna se presenta, así, como un compendio sintético de datos y problemáticas, que invita a posteriores profundizaciones, con el objeto de com-

pletar poco a poco un tapiz hoy día aún algo difuminado. Este recorrido lo realiza en doce capítulos y una breve conclusión: Iglesia e iglesias en el inicio del cristianismo; Jesús de Nazaret y sus primeros grupos en la tierra de Israel; De las aldeas a la ciudad; Las iglesias judeo-cristianas; Antioquía de Siria: la iglesia del giro; Las iglesias paulinas; Las iglesias post-paulinas de área macedonia, efesia y cretense; Las iglesias de la tradición sinóptica; Las iglesias joánicas de Asia Menor; Alejandría de Egipto; Primeras iglesias y liminalidad; El paso del primer al segundo siglo.

En una breve reseña no podemos exponer ni valorar las posturas de Penna, que mantiene en diálogo con una numerosa bibliografía, especialmente abundante en el ámbito de los estudios sociológicos. Evidentemente, el núcleo del tema abordado

por Penna es de gran importancia: se trata de ver, fundamentalmente a través de los escritos antiguos que conservamos, quién es Jesús; que relación hay entre Jesús y las primeras comunidades cristianas; qué relación hay entre Jesús, estas comunidades y los escritos que nacieron en ellas; que relación hay entre Jesús, las iglesias y la Iglesia, expresiones todas éstas usadas por Penna.

Como ocurre en otros estudios similares, una primera lectura deja una primera sensación de desconcierto, a menudo porque no es fácil hacerse cargo del alcance de las afirmaciones que uno se encuentra. Por ejemplo, el autor, después de una serie de consideraciones llevadas a cabo en el capítulo segundo, dice: «Por tanto hablar de Jesús como “fundador del cristianismo” o “de la Iglesia” es del todo impropio» (p. 45). Uno sigue leyendo, y poco más adelante parece afirmarse que Jesús creó en torno a sí el germen de algo que no era una refundación de Israel, pero sí un grupo distinto y visible, el inicio concreto de una renovación dentro de Israel mismo. La lectura completa del libro arroja alguna luz más sobre las implicaciones concretas de afirmaciones como éstas, pero no siempre es así, y el recurso al lenguaje sociológico no pocas veces oscurece el sentido de lo que se está diciendo, especialmente para un público poco familiarizado con él.

En las páginas conclusivas (pp. 267-273), Penna traza, esquemáticamente, un cuadro de sus propuestas. La idea fundamental es la de la triple tipología de las primeras comunidades cristianas: el tipo *judeo-cristiano* –con dos subtipos, el de Palestina y el de Roma–; el tipo *étnica* (y *religiosamente*) *mixto*, de prevalencia gentil pero también judío –Corinto, Antioquía, Asia Menor y Alejandría–; y el tipo *étnica-mente gentil* –Tesalónica, Filipos y Galacia–. Cada una de estas comunidades habría comprendido a Cristo de un modo particular, condicionadas por sus entornos socio-culturales, y así lo habrían expresado

en los libros que nacieron en su seno. Esto habría de tenerse en cuenta a la hora de leer e interpretar dichas obras.

Una idea de fondo en la obra de Penna es la de la diversidad y pluralidad de los cristianismos primitivos, que dejó de existir en el siglo segundo, con el predominio de una Gran Iglesia monolítica, jerárquica y moralmente muy estricta. No es fácil hacerse cargo de si el autor sostiene que ha habido, por parte de la Iglesia, una especie de traición al mensaje originario de Jesús, acogedor, abierto, plural, y en el que no encontramos ninguna referencia a una institución jerárquica, a un ministerio ordenado, etc. Sin embargo, Penna sí elabora una lista de puntos básicos, tanto de la fe cristológica de aquellas primeras comunidades como de la ética desprendida de la intervención de Dios en Jesucristo. ¿Sostiene Penna que la «primitiva democracia» del cristianismo, que aquella primera gran riqueza, manifestada en la aceptación en el canon de obras tan diversas, desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros? ¿Sostiene que el Jesucristo que nos ha transmitido la Gran Iglesia no es el Jesús en el que creyeron las primeras comunidades cristianas, o que no es el Jesús histórico?

Los estudios sobre orígenes del cristianismo son especialmente interesantes; sin embargo, hay que estar atentos para que la aproximación sociológica a los escritos que conservamos como testimonio de aquella época –¡seleccionados y unidos por la Iglesia!– no condicione de antemano lo que queremos encontrar en ellos. Nunca podremos acceder a lo que Jesús enseñó a los Apóstoles y no quedó por escrito, si no confiamos en que el Nuevo Testamento no es una mera obra humana, sino que se trata de un libro inspirado. No podremos sacar luces útiles de lo que los Evangelios nos muestran de Jesús, o al comparar entre sí los cuatro Evangelios y éstos con el resto de libros del Nuevo Testamento, si no estudiamos a fondo las aparentes divergen-

cias y no tenemos en cuenta las perspectivas de cada autor y la diversa situación pre-pascual y postpascual en la que escribieron. Por ejemplo, Jesús exhorta a la renuncia a todo para seguirle, mientras que Pablo anima a vivir en el mundo, pero entendemos que Jesús está hablando de renuncia a lo que nos impide seguirle –de desprendimiento, de pureza del corazón–, mientras que Pablo nos habla de que, con corazón recto, a Dios le encontramos en todas las obras de sus manos. Desde este punto de vista, es necesario tomarse realmente en serio que el Nuevo Testamento no es una amalgama de ideas contradictorias, sino una gran riqueza.

Que Jesucristo fuese predicado en los siglos primero y segundo a personas tan diversas no quiere decir que todos lo entendieran ni bien ni del mismo modo instantáneamente. Cristo es uno, y la expresión

«cristianismos» es peligrosamente ambigua. ¿Estaremos más capacitados hoy día para «descubrir» quién era Jesús y qué era el cristianismo, que aquellas personas que, movidas por su fe, fueron profundizando en ella, adoptando y desechando, para comprender y cuidar cada vez mejor el gran tesoro que habían recibido, también en medio de ataques y malas comprensiones? El cristianismo primitivo sabía que era uno, porque se remitía a Uno, aunque aquí y allá se expresase con matices variados. Un estudio serio tanto del carácter sobrenatural de la Sagrada Escritura como del tema de la Tradición y las tradiciones, nos ayudará a conocer mejor tanto el contenido de dicha Escritura como las diversas formas que tuvieron los primeros cristianos de vivir una misma fe en un único Cristo.

Juan Luis CABALLERO

Carmelo GRANADO, *El Espíritu Santo en los Santos Padres*, Madrid:

San Pablo, 2012, 271 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-285-3995-1.

Con este libro el Prof. Carmelo Granado pone a disposición del gran público un valioso trabajo que recoge el conocimiento profundo y amplio que posee de los Padres de la Iglesia en un terreno especialmente importante, como es la pneumatología. El A. suma así una contribución más a la difusión de la teología patristica que ha llevado a cabo a lo largo de los años, especialmente mediante las numerosas traducciones de obras de los Padres de la Iglesia que ha publicado como colaborador de la colección «Biblioteca de Patristica» de la editorial Ciudad Nueva.

El objetivo del libro es presentar la doctrina de los Padres de la Iglesia sobre el Espíritu Santo. Para ello el Prof. Granado ofrece un rico elenco de textos patristicos

seleccionados y estructurados en torno a grandes temas que dan forma a los capítulos del libro. Las explicaciones del A. que acompañan y sitúan en su contexto los textos citados enriquecen y facilitan la intelección de su contenido, que no siempre resulta sencillo. El resultado es que el ritmo del libro viene marcado por los textos de los Padres, que son los auténticos protagonistas de estas páginas. De esta manera, el A. consigue acercar vivamente al lector a la pluma, al pensamiento y a la fe de los Santos Padres.

El libro está dividido en doce capítulos, cada uno de los cuales forma una unidad bastante independiente respecto de los otros, pero que, en conjunto, componen un todo armónico bien conseguido. El or-